

El episodio de Polidoro en la *Eneida* (III 19-68): variantes mitográficas, paralelos folclóricos y muestras de su pervivencia literaria

Vicente CRISTÓBAL

RESUMEN

Estudio temático del episodio virgiliano de Polidoro: deuda con el prólogo de la *Hécuba* de Eurípides, relación con otros testimonios griegos y latinos de la misma leyenda, inclusión de un elemento presente en el folclore antiguo y moderno, y pervivencia en varios pasajes de la literatura española (Mena, Santillana, del Enzina, Arguijo, Montegón y Porcel).

SUMMARY

This paper introduces a thematic study of Polidoro's Virgilian passage, which is followed by the analysis of the debt of the passage to Euripide's Prologue to *Hecuba*, and its relation to other Greek and Latin examples of this same legend; its is studied as well as a topic of ancient and modern folklore repertoires; and its survival in a variety of authors of the Spanish tradition (Mena, Santillana, del Enzina, Arguijo, Montegón and Porcel) is also considered.

El episodio en su contexto

El hallazgo de la tumba de Polidoro en la costa tracia, una vez que Eneas y los suyos han desembarcado y han puesto en aquel lugar las primeras piedras de una nueva ciudad, constituye la etapa inicial del largo viaje de Eneas,

y viene narrado por Virgilio con tintas lúgubres y macabras. El pasaje, a la vez que enmarca un relato retrospectivo sobre el asesinato del hijo de Príamo (49-56), precedido de un discurso igualmente retrospectivo pronunciado por la voz del difunto (41-46), contiene un aviso para Eneas y los suyos acerca de su viaje, una información valiosa —aunque mínima— sobre la meta aún para ellos incierta, una implícita prospección: aquél no es el lugar que el destino los reserva: *heu, fuge crudelis terras, fuge litus avarum* (v. 44), y por lo tanto deben seguir adelante en su peregrinación. Comienza, pues, el camino con un mal paso, pero un mal paso rápidamente corregido, porque, tras ser informados los troyanos de los pormenores de la muerte del hijo de Príamo y después de hacerle las correspondientes honras fúnebres, parten de allí tan pronto como el mar se lo permite para continuar su búsqueda. El *heu, fuge crudelis terras* es, en este libro, el principio de una larga cadena de revelaciones que tienen por objeto el destino final de los troyanos, la nueva patria que el destino les reserva¹. A partir de ahora las revelaciones irán siendo progresivamente más precisas y pondrán luz en la incertidumbre inicial de los fugitivos. Es éste el primer peldaño de un clímax ascendente.

Comencemos por recordar el pasaje en una traducción que intenta reproducir el ritmo hexamétrico del original:

Yo dedicaba una ofrenda a mi madre y a todos los dioses
para implorar por mis obras recientes, y al rey soberano
de los celestes matábale un toro lustroso en la playa.
Por un azar cerca había un montículo, donde arraigaban
un matorral de cornejo y un mirto erizado de espesas
varas. Queriendo arrancar de la tierra los verdes arbustos
para cubrir con las ramas frondosas aquellos altares,

¹ Cadena que, en realidad, comenzaba cronológicamente con el *heu, fuge, nate dea*, palabras del fantasma de Héctor a Eneas en II 289, proseguía con el mandato de su madre *eripe, nate, fugam finemque impone labori* de II 619 y poco después con las indicaciones del fantasma de Creúsa en II 780-784: le espera largo camino por mar hasta llegar a Hesperia, donde fluye el lidio Tiber, indicaciones que —extrañamente (¿se trata de un indicio del inacabamiento de la *Eneida*?)— olvidan Eneas y los suyos, o bien, —habida cuenta de la ambigüedad del nombre de «Hesperia» y de la insignificancia del nombre propio de un río para alguien que no lo conoce ni, en consecuencia, lo sitúa geográficamente— no saben interpretarlas (sobre este asunto v. G. D'Anna, «Profezie», *Enciclopedia Virgiliana*, IV, Roma 1988, pp. 299-302).

un espantoso prodigio se ofrece a mis ojos, apenas creíble. Pues el arbusto primero que arranco del suelo y separo de sus raíces, comienza a verter negras gotas de sangre que los terrones manchaban. Un frío temor me penetra todos los miembros y helada se cuaja mi sangre de miedo. Pruebo otra vez a arrancar de otro arbusto otra rama flexible y a escudriñar el secreto motivo de aquellos portentos: sangre negruzca también de la nueva corteza brotaba. Luego de mucho pensar, les rogaba a las ninfas agrestes y al soberano Gradivo, que reina en los géticos campos, que condujeran a bien y anularan aquel mal augurio. Mas cuando mucho más fuerte intentaba arrancar otra rama —era la vez ya tercera— y luchaba rodillas en tierra (¿hablo o debiera callar?), un gemido que al llanto movía dentro del monte se oyó y a las brisas brotó este mensaje: «¿A un desdichado por qué lo atormentas, Eneas? No toques a un sepultado ni ensucies tus manos piadosas. No ajeno Troya me hizo de ti ni esta sangre proviene de un tronco. Deja estas tierras feroces, ¡ay!, deja esta costa avarienta. Soy Polidoro. Y aquí, acribillado, me tiene cubierto una metálica mies de venablos que agudos crecieron.» Presa mi mente en verdad ante aquello de un miedo indeciso, quedo pasmado, mis pelos de punta y la voz atrancada. A Polidoro hace tiempo con gran cantidad de riquezas Príamo, el muy infeliz, a criar se lo dio al rey de Tracia muy en secreto en los días que ya no fiaba en sus armas y que veía asediada la gran capital de Dardania. Cuando perdieron los teucros la fuerza y cedió su fortuna, dio su favor a los griegos aquél y a sus armas triunfantes y quebrantó toda ley. Degolló a Polidoro y por fuerza dueño se hace del oro. ¡Ay, hambre maldita del oro! los corazones mortales, ¿a qué cosas no los obligas? Cuando el pavor se marchó de mis huesos, informo al consejo y, antes que nadie, a mi padre y cuál es su opinión les pregunto. Todos pensamos igual: hay que huir de una tierra tan fiera, lejos partir de la fe mancillada con velas al viento. A Polidoro, por tanto, le hacemos exequias y echamos más tierra sobre su tumba; el altar de los manes viste de luto con negro ciprés y con cintas oscuras y alrededor las troyanas, cual suelen, descíñen su pelo.

Copas vertemos de leche templada y aún espumosa,
páteras llenas de sangre de víctimas. En el sepulcro
queda su alma y por última vez lo llamamos a gritos.

Variantes mitográficas

El asesinato de Polidoro por Polimnéstor y la venganza de Hécuba constituía una buena parte del argumento de la *Hécuba* de Eurípides, y Virgilio tuvo bien en cuenta esta obra cuando escribió el pasaje, por más que —como veremos— hay detalles importantes que el modelo euripideo no puede explicar². Por lo pronto, ya en el prólogo del drama griego tenemos el mismo medio empleado por Virgilio: el recurso a la voz del muerto para informar sobre los detalles de su asesinato. En la *Hécuba* el destinatario de estas revelaciones era el público, que así quedaba enterado de los antecedentes de la acción a desarrollar, pero este tipo de visiones —del que la aparición en sueños, en *Aen.* I 353-359, del fantasma de Siqueo para anunciar a Dido su asesinato y la identidad del asesino es, en la épica, otra muestra ejemplar— suele tener una función retrospectiva interna para el desarrollo de la acción dramática o de la narración épica, y con esa función se sirve del expediente el poeta romano. Así pues, ya sea el propio fantasma, ya sólo la voz salida

² Para la relación de Eurípides y Virgilio, v. A. Martino, «Eurípide», *Enciclopedia Virgiliana*, II, Roma 1985, pp. 429-434. El argumento del libro III de la *Eneida* se basa primariamente en la leyenda tradicional sobre el viaje de Eneas. Dicha leyenda constaba en muchas fuentes ya desde Estesícoro, pero estaba expuesta de una manera más sistemática en Dionisio de Halicarnaso, contemporáneo de Virgilio, quien había seguido con mucha seguridad el testimonio de Varrón. Sobre este núcleo tradicional Virgilio ha operado de diversos modos: simplificando una excesiva multiplicidad de escalas, construyendo una progresiva cadena de revelaciones y dando color y emotividad a las distintas etapas con la inclusión de episodios nuevos forjados según el modelo de fuentes poéticas tales como la *Odisea* (episodio de Aqueménides y Polifemo, y, en parte, episodio de las Harpías, por cuanto que su ataque se debe a que los compañeros de Eneas, como los de Ulises, han matado y comido unos bueyes), las *Argonáuticas* (parcialmente, el episodio de las Harpías, y, parcialmente también, la actuación de Héleno, que recuerda la de Fineo en la obra de Apolonio) y las tragedias de Eurípides (episodio presente de Polidoro, derivado en buena parte de la *Hécuba*, y episodio de Andrómaca, proveniente de la *Andrómaca* y con recuerdos de las *Troyanas*), episodios que contribuían además a conjurar la previsible monotonía si el poeta se hubiera atenido al simple esquema de la versión tradicional según Varrón y Dionisio de Halicarnaso.

de la tumba, el caso es que, de igual manera, el difunto Polidoro, en Eurípides y en Virgilio, hace relación de su muerte y descubre a su asesino. Toda la explicación retrospectiva de *Aen.* III 49-56 sigue de cerca los versos del prólogo de la *Hécuba* pronunciados por la sombra de Polidoro, especialmente 3-11 y 21-25. Lo que es palmariamente distinto en Virgilio e irreconciliable con el testimonio de Eurípides es la noticia de que el hijo de Príamo fue acribillado por una multitud de lanzas, que, cubierto por ellas, quedó así sepultado en la playa, y que las propias lanzas arraigaron sobre su cuerpo y crecieron como arbustos de cornejo y de mirto —pues de esa madera, como era usual en la antigüedad, debían de ser los hastiles de las lanzas—. Porque en la *Hécuba* se decía con toda explicitud (vv. 26-27) que Polimnéstor había arrojado el cadáver al mar (lo cual posibilitaba que, más tarde, en el curso de la misma obra, la sirvienta de Hécuba lo encontrara en la playa, arrastrado allí por las olas), después de haberlo matado él sólo. Pero Virgilio es incongruente con su propia versión primera del asesinato, cuando, unos cuantos versos más abajo (v. 55), dice que el rey tracio degolló al muchacho (*Polydorum obtruncat*); y en efecto, se trata de dos noticias difícilmente conciliables. Suele decirse —y aducirse como justificación *gratia artis* para tales incongruencias— que es una costumbre virgiliana la de seguir una determinada versión, pero aludir de paso a otra contraria, como si de un guiño al lector culto se tratara³; y, efectivamente, lo que ocurre en el episodio de Polidoro no es un hecho aislado en la *Eneida*; como muestras de tal hábito podría citarse en el libro II el pasaje de la muerte de Príamo, que encierra también una flagrante incongruencia por seguir de forma yuxtapuesta dos versiones incoherentes: Pirro lo mata en el palacio clavándole su espada en el costado (vv. 550-553), e inmediatamente se nos presenta el cadáver en la playa, descabezado⁴; otra muestra: a propósito de la genealogía del rey

³ V. Silvana Fasce, «Tradizione mitografiche», *Enciclopedia Virgiliana* V, Roma 1990, pp. 225-230.

⁴ Esto dice Servio al propósito (*ad Aen.* II 506): *De morte autem Priami varie lectum est. Alii dicunt quod a Pyrrho in domo quidem sua captus est, sed ad tumulum Achillis tractus occisusque est iuxta Sigeum promunturium [...] Alii vero quod iuxta Hercei Iovis aram extinctus sit dicunt [...] et hanc opinionem plene Vergilius sequitur: licet etiam illam praelibet, ut suo indicabimus loco. Y en ad Aen. II 557: Quod autem dicit 'litore', illud, ut supra diximus, respicit, quod in Pacuvii tragoedia continetur. (Sabemos así, cosa que no se decía en *ad Aen.* II 506, que la versión primera —*iuxta Sigeum promunturium*— era la seguida por Pacuvio). Cf. el comentario de R. G. Austin, *P. Vergili Maronis liber secundus*, Oxford 1966, pp. 196-198 y 214-215.*

Latino se dice en VII 47 que era hijo de Fauno y Marica, pero en XII 164 se habla de su abuelo el Sol, lo cual quiere decir que se sigue aquí la genealogía hesiódica, según la cual Latino era hijo de Circe, hija del Sol, y de Ulises⁵. Pero, en mi opinión, estas incongruencias son difíciles de justificar si no es entendiendo que a la *Eneida* le faltaba una última revisión, en la que seguramente habrían desaparecido. Parece, en efecto, poco verosímil que un simple alarde de *doctrina*, para regocijo del público culto lector de la *Eneida*, sea suficiente explicación de la coexistencia en la misma obra de dos versiones incompatibles. A no ser, desde luego, que los antiguos, y Virgilio entre ellos, valoraran más el ser y parecer cultos y leídos que el ser coherentes, cosa que, en todo caso, tendría que demostrarse⁶. La prueba de que a los antiguos tampoco le parecían fácilmente admisibles dichas incongruencias es que el propio Servio hace alguna vez intentos de disiparlas, sin conseguirlo⁷.

Pero volvamos al episodio de la muerte de Polidoro. Vistas ya las coincidencias y discrepancias entre Virgilio y Eurípides, hay que señalar que se trata de una leyenda en la que las discrepancias de las fuentes son abundantes.

El propio Eurípides difiere del testimonio homérico, puesto que en la *Ilíada* (XX 407 ss.) Polidoro —que aquí no es hijo de Hécuba sino de Laótoe— es muerto por Aquiles cuando éste regresaba de la batalla, después de la muerte de Patroclo.

Una versión más, que parece remontarse a Pacuvio⁸ y que es recogida por el mitógrafo Higino en *Fab.* 109, cuenta que estando casada Ilíone, hija de los reyes de Troya, con Polimnéstor, rey de Tracia, recibió de manos de su madre Hécuba a su hermano Polidoro, y que Ilíone lo crió haciéndolo pasar por su propio hijo, y a su propio hijo, Deífilo, como si fuera su hermano; una vez

⁵ Cf. Servio *ad Aen.* VII 47: *Sane Hesiodus Latinum Circes et Ulixis filium dicit, quod et Vergilius tangit dicendo 'Solis avi specimen'*. Y en *ad Aen.* XII 164 (donde el escoliasta trata de armonizar las contradicciones, pero siendo poco convincente): *Latinus secundum Hesiodum in aspidopoiia Ulixis et Circae filius fuit, quam multi etiam Maricam dicunt: secundum quem nunc dicit 'Solis avi specimen', nam Circe Solis est filia. Sane sciendum Vergilium in varietate historiae sua etiam dicta variare.*

⁶ Y además no recuerdo en la literatura antigua otro caso semejante al de Virgilio de incoherencias argumentales dentro de la misma obra, toleradas por el propio autor.

⁷ Como cuando en *ad Aen.* XII 164 identifica a Circe y a Marica como un solo personaje para salvaguardar la unidad de las dos genealogías que Virgilio atribuye a Latino; para conseguirlo, no obstante, tendría que haber identificado también a Ulises y a Fauno.

⁸ Cf. G. D'Anna, *M. Pacuvii Fragmenta*, Roma 1967, pp. 109-115.

caída Troya, Agamenón envió embajadores a Polimnéstor prometiéndole la mano de su hija Electra y gran cantidad de oro si mataba a Polidoro; y el rey tracio, confundido por el engaño en que lo había tenido Ilíone, mató a su hijo en vez de al hijo de Príamo; el auténtico Polidoro entretanto había ido a consultar el oráculo para saber con certeza quiénes eran sus padres y había recibido como respuesta que su patria había sido incendiada, que su padre había muerto y que su madre había sido hecha esclava; cuando volvió a su casa, vio que no sucedía como el oráculo le pronosticaba y manifestó a Ilíone su extrañeza por ello; Ilíone le descubrió la verdad e, instigada por el propio Polidoro, cegó y dio muerte a su marido Polimnéstor.

Ovidio en las *Metamorfosis*, cuando cuenta los últimos sucesos de Troya, sigue sobre la muerte de Polidoro el testimonio de la *Hécuba* de Eurípides, aun con ciertos ecos formales y estilísticos del pasaje virgiliano en cuestión, sobre todo en 429 ss.; y cuando sintetiza el viaje de Eneas es, en cambio, fiel en todo a Virgilio, pero de manera que no se hace evidente la incoherencia con el anterior pasaje, dada la brevedad y ambigüedad de la alusión (*Met.* XIII 628-630)⁹:

*Fertur ab Antandro scelerataque limina Thracum
et Polydoreo manantem sanguine terram
linquit...*

El escoliasta Servio (*ad Aen.* III 6), el llamado «Servio danielino», muestra conocer una versión distinta, una leyenda etiológica que trataba de explicar el origen del nombre de la ciudad tracia de Antandro y que sostiene que cuando los griegos vinieron por Tracia (no se dice si fue antes o después de la toma de Troya), capturaron a Polidoro y pidieron como rescate aquella ciudad, que les fue entregada y que pasó a llamarse Antandro, queriendo dar a entender con ese nombre «que había sido entregada a cambio de un hombre»; pero se añade que los griegos no devolvieron finalmente a Polidoro, sino que, tras recibir el rescate, lo lapidaron, y esta muerte por lapidación es un elemento que vincula este testimonio a la versión de Dictis cretense —otra nueva— que veremos después.

⁹ También esta preocupación de Ovidio por no caer en las incongruencias de Virgilio de las que antes hablábamos es otro signo de que a los antiguos no les dejaban del todo satisfechos, otro argumento —que debemos sumar a los ya vistos intentos de Servio por disiparlas— para probar que, en realidad, son muestras de la falta en la *Eneida* de una última revisión.

También a Servio (*ad Aen.* III 48) debemos otra variante que es, en realidad, la de Eurípides-Virgilio, pero con pinceladas tomadas de la de Pacuvio-Higino y de la exclusiva de Virgilio, y dice así: *Priamus cum uideret longa obsidione res suas in ultimo constitutas, filium paruulum Polydorum Polymnestori, regi Thraciae, genero suo per Ilionem filiam, cum magno auri pondere nutriendum commendauit: qui uicta Troia, auri cupiditate impulsus, Polydorum obrutum telis occidit.* De Pacuvio-Higino viene la noticia —única en esta versión— de estar casado Polimnéstor con Ilíone (en la de la *Hécuba* de Eurípides no sólo no se alude a este detalle, sino que se niega implícitamente al manifestar Hécuba que sus únicos hijos entonces supervivientes, aparte de Casandra, eran Políxena y Polidoro). De Virgilio, aparte de repetir, casi prosificando sus versos, todo aquello en lo que coincidía con Eurípides, añade el detalle de la muerte por medio de lanzas o venablos (*obrutum telis*).

Entre los *Epitaphia heroum qui bello Troico interfuerunt* de Ausonio, que él dice ser antiguos y haberlos encontrado en un filólogo al que no nombra, y haberlos traducido al latín —deduciéndose entonces que el original estaba en griego (*quae antiqua cum apud philologum quendam repperissem, Latino sermone conuerti...*)— está este epitafio (núm. 19) dedicado a Polidoro, del que —a pesar del testimonio de su autor— parece poco menos que imposible que tuviera un original griego, ya que todo él es de contenido virgiliano y secuencias virgilianas forman casi toda la materia de sus versos:

*Cede procul myrtumque istam fuge, nescius hospes:
telorum seges est sanguine adulta meo.
Confixus iaculis et ab ipsa caede sepultus
condor in hoc tumulo bis Polydorus ego.
Scit pius Aeneas et tu, rex impie, quod me
Thracia poena premit, Troia cura tegit.*

«Márchate lejos y deja este mirto, ignorante extranjero;
ves de venablos la mies que de mi sangre creció.
Acribillado de lanzas, sepulto en mi propia matanza,
soy Polidoro, que aquí fui sepultado otra vez.
Sábelo Eneas piadoso; y tú, rey impío, lo sabes:
Tracia la muerte me dio, Troya me vino a enterrar.»

Habla otra vez aquí el difunto Polidoro para contar lo que ya Virgilio había dicho de él; pero habla después de que Eneas lo hubiera enterrado por

segunda vez, amontonando más tierra sobre su tumba, como se nos dice en *Aen.* III 62-63 (de ahí *condor... bis*). El último dístico es lo propiamente original del epitafio, y la parte que —como era habitual en el género epigráfico— contenía la agudeza; y aquí la agudeza estriba en un contraste entre Eneas y Polimnéstor, el pío y el impío, y entre Tracia y Troya, la tierra enemiga y la tierra amiga; y a esta polarización contribuye formalmente la construcción paralela de los dos hemistiquios del pentámetro final (repárese, a pesar de que en nuestra traducción no lo hemos reflejado, que tanto *Thracia* como *Troia* son adjetivos concertando con los nominativos *poena* y *cura*).

Por último tenemos la versión de Dictis cretense (II 18-27), completamente aberrante —como toda su obra— de todas las demás, y que en resumen es como sigue: Príamo había entregado Polidoro a Polimnéstor, pero Polimnéstor, asustado por las devastaciones que Ajax hacía en sus comarcas, se lo entrega a los griegos para conseguir una tregua con ellos; los griegos quisieron canjearlo por Helena sin conseguirlo; y en consecuencia lo lapidaron ante los muros de la ciudad. Sólo el comienzo, pues, coincide con el resto de la tradición; y en su final sólo coincide —como ya señalábamos— con una de las versiones transmitidas por Servio.

Ésta es en su conjunto la mitografía antigua sobre Polidoro y su muerte¹⁰.

Pero volvamos a Virgilio y al pasaje que estamos comentando. ¿De dónde tomó Virgilio lo peculiar de su versión? ¿Dónde pudo encontrar todo lo relativo a las picas de cornejo y mirto y a esa especie de metamorfosis? Para defender al poeta contra la posible acusación de ofrecer noticias no atestiguadas en la tradición, sino inventadas por él, Servio conjetura a la ligera y sin fundamento alguno que Virgilio tomó este detalle de la historia romana y lo injertó en la leyenda en cuestión (*ad Aen.* III 46): *traxit hoc de historia Romana. Nam Romulus, captato augurio, hastam de Aentino monte in Palatinum iecit. Quae fixa fronduit et arborem fecit. Vituperabile enim est poetam aliquid fingere quod penitus a ueritate discedat*. Pero no se ve entre ambos pasajes, que hablan de circunstancias muy dispares, más que una analogía relativa, y no resulta convincente el escoliasta con su propuesta, de manera que un comentarista del libro III tan concienzudo como R. D. Williams con-

¹⁰ Cf. O. Höffer, «Polydoros», en Roscher, *Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, III2, Leipzig 1902-1909, cols. 2643-2646 y F. Caviglia, «Polidoro», en *Enciclopedia Virgiliana* IV, Roma 1988, pp. 162-164.

cluye de este modo: «The introduction of the supernatural sequel to Polydorus' death may of course be due to some lost source of Virgil, but it seems more likely that it was Virgil's own invention»¹¹.

Hay, no obstante, un texto sobre la leyenda, que hemos omitido hasta el momento y que es oportuno aducirlo ahora. En la *Origo gentis Romanae* —obra, como se sabe, atribuida a Aurelio Víctor, pero de discutida autoría y cronología—, al contar todo lo relativo al viaje de Eneas, aunque se trae a colación el testimonio virgiliano, se acude también a otras fuentes y entre ellas se menciona a un tal Lutacio (se supone que se trata del poeta Lutacio Cátulo, que, según esto, habría sido también historiador) como garante de una versión de la travesía troyana desde Asia a Italia, en la que ya Eneas, al llegar a Tracia, recibía allí la noticia de la muerte de Polidoro por Polimnéstor (cap. 9): *At Vero Lutatius [...] Itaque eum magnis cum opibus pluribusque sociis utriusque sexus a Troia digressum longo mari emenso per diuersas terrarum oras in Italiam deuenisse ac primum Thraciam appulsum Aenum ex suo nomine condidisse. Dein cognita Polymnestoris perfidia ex Polydori nece inde digressum peruectumque ad insulam Delum [...] Heinze*¹², por ejemplo, cree que este testimonio es una superchería, estando en realidad esa noticia tomada de Virgilio por el autor de la *Origo*; y existe, en efecto, la posibilidad de que así sea. Pero en la actualidad se impone cada vez con más fuerza la tesis que defiende la autenticidad de los testimonios aducidos por la *Origo*, y hay al menos tantas razones para fiarse como para desconfiar de su autor. De manera que es posible que tomara de Lutacio —verosíblemente de una obra histórica suya, de la que ninguna noticia teníamos antes, pues Lutacio Cátulo, si es que de él se trata, era sólo conocido como poeta— si no ya el detalle de esa casi metamorfosis del muerto y de las lanzas en arbustos (fantasía impropia de un historiador), sí, al menos, el hecho de que Eneas obtuviera información en Tracia sobre la muerte de Polidoro, sin que se pueda precisar más, pues el texto es oscuro a este respecto.

De modo que sólo lo relativo al crecimiento de las lanzas como arbustos y a la sangre del muerto brotando de sus ramas rotas queda sin atestiguar en fuente ninguna que nosotros conozcamos. Y no podemos ir más lejos en nuestras indagaciones por este camino.

¹¹ *Op. cit.*, p. 57.

¹² *Op. cit.*, p. 105, n. 2.

Paralelos folclóricos

De cualquier modo, tanto si existía una fuente literaria para ese motivo concreto —bien referida a Polidoro mismo, bien a otra leyenda y habiéndolo transferido de ahí el poeta a la saga en cuestión— como si es el episodio una invención de Virgilio, según se inclina a pensar Williams, el caso es que tiene numerosos paralelos en el folclore universal. Este hecho nos orienta sobre la procedencia última del motivo; y nada se opone tampoco a que Virgilio se hubiera inspirado directamente en algún relato folclórico para la elaboración de esta parte del episodio.

Estos paralelos ya han sido apuntados por Bayet¹³ y por Frazer¹⁴, y a ellos sólo quiero añadir unas muestras más en los cuentos españoles. En primer lugar recordaré un comentario al pasaje, en este sentido, de la ilustre M.^a Rosa Lida, buena conocedora de la literatura clásica, del folclore y de la tradición clásica, quien en su libro titulado *El cuento popular y otros ensayos*¹⁵, y en su primer capítulo, que va referido al cuento popular en la literatura grecorromana, dice así a propósito del episodio virgiliano que aquí comentamos:

Hasta en la trama sabia de la *Eneida* se encuentra la huella de la fantasía popular: en el Canto III, 22 y sigs., al intentar Eneas arrancar unas ramas de mirto, ve que el tronco mana sangre, y cuando el héroe repite su acción por tercera vez, el árbol le previene que es Polidoro, el príncipe niño, a quien el rey de Tracia, su cuñado, asesinó para robarle sus riquezas. Los bellos hexámetros latinos presentan un curioso paralelo al tema, muy difundido en el folclore hispánico, del niño o niña asesinado que cuenta su historia a los que van a cortar la planta que ha brotado de su cuerpo (cuento del higo en Espinosa n.º 152, Ramírez de Arellano, n.º 77), y más particularmente cuento de la flor maravillosa (Fernán Caballero, *El lirio azul* en versión valenciana, *La flor del lliri blau*; Cabal, *Cuentos tradicionales asturianos*, *La flor del lilo-va*) que ha dado el cuento corriente en toda la América española, desde México hasta la Argentina, de *La flor del*

¹³ «Le rite du Fécial et le cournouiller magique», *MEFR(A)* 52 (1935) 29-76, recogido en *Croyances et rites dans la Rome antique*, París 1971, pp. 9-43.

¹⁴ *The golden Bough* I 2, Londres 1913, 3.ª ed., p. 33.

¹⁵ Buenos Aires 1976. Es libro póstumo que recoge el primer libro de su autora titulado *El cuento popular hispanoamericano y la literatura*, publicado en Buenos Aires 1941, al que se le han agregado cuatro trabajos más de distintas épocas sobre temas análogos.

lir(i)ola(y) [...] En muchas de estas versiones [...] del cuerpo del niño brota una caña o cañaveral con que un pastor o carbonero se labra una flauta; al tañerla, la flauta canta con voz humana la copla delatora.

Me remito, pues, a los paralelos folclóricos citados por Lida, pero además ofrezco estos otros dos, sacados de los *Cuentos al amor de la lumbre* de Antonio Rodríguez Almodóvar (Madrid 1983), que presentan de forma muy semejante la secuencia inicial del episodio virgiliano. Así comienza el cuento que se titula *El príncipe encantado*:

Érase un pobre escobero que tenía tres hijas. Todas las mañanas iba al campo a buscar matas de palma para hacer sus escobas. Un día encontró una mata muy grande y, cuando fue a arrancarla, oyó una voz que le gritaba:

—¡Por favor, no me tires de los pelos!

Y también éstos párrafos, paralelos al texto virgiliano, forman parte del comienzo del cuento titulado *La mano negra*:

Pues, señor, éste era un pobrecito hombre [...] Sucedió un día que salió para ir al bosque, y al pasar por un campo vio en mitad de él una col tan grande y tan hermosa, que se paró a contemplarla:

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Si yo cogiera esa col, qué comida tendríamos hoy y qué contentas se pondrían mis hijas!

[...] se decidió por fin a arrancarla, y cogiéndola con mucho cuidado para no romperla, tiró de ella; pero en el mismo momento oyó una voz muy fuerte que salía como de debajo de tierra, y decía:

—¿Quién me tira de mis barbas?

Pervivencia literaria

Por lo que se refiere a su pervivencia literaria, Franco Caviglia¹⁶ recoge los testimonios de Dante (*Inf.* 30, 18; *Purg.* 22, 40-41), Boccaccio (*Filoc.* 4, 2, 4-5; 3, 1-2; 5, 6, 4-6), Ariosto (*Orl. Fur.* 6, 26-53) y Tasso (*Gerus.* 13, 40 ss.); Williams¹⁷ aporta un pasaje de Spenser (*Faerie Queene*, I 2, 30 ss.). Y

¹⁶ *Art. cit.*, p. 164.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 58.

yo añadiré a esta cadena de tradición unos cuantos ejemplos en la literatura española.

1. *Juan de Mena*

Tradición virgiliana acerca de Eneas, así como un recuerdo claro del asesinato de Polidoro narrado por Virgilio y subrayado con el sentencioso *auri sacra fames* (*Aen.* III 57), se alían con visiones medievales del héroe procedentes de los relatos de Dictis y Daes en esta estrofa 89 del *Laberinto* de Juan de Mena, que es indicio de la encrucijada entre épocas: el Medievo y el Renacimiento. El Eneas traidor de los falsarios tardíos —tan traidor como Polimnéstor y como Anténor— y el Eneas honorable de Virgilio aparecen mal casados en estos versos:

Allí te fallamos, o Polinestor,
 como truçidas al buen Polidoro
 con fambre maldita de su grand thesoro
 non te membrando de fe nin d'amor;
 ya se t'açerca aquel vil Anthenor,
 triste comienço de los paduanos;
 allí tú le davas, Eneas, las manos,
 aunque Virgilio te dé más honor.

A la tradición clásica del tema se añade la forma de tendencia latinizante, como se evidencia sobre todo en el «truçidas» del segundo verso.

2. *Marqués de Santillana*

Los vv. 56-57 del libro III de la *Eneida*, esa exclamación que se ha convertido en emblemática contra la avaricia (*quid non mortalia pectora cogis, auri sacra fames!*), dejan su impronta en los siguientes (25-28) del Marqués de Santillana en su obra *Doctrinal de privados*:

¡O fambre de oro ravisosa!
 ¿quáles son los coraçones
 humanos que tú perdones
 en esta vida engañosa?

3. Juan del Enzina

El asunto de Polidoro se refleja también en la pieza de Juan del Enzina titulada *Triunfo de amor*, versos 388-401:

Quando vi tan gran compañía
de gente tan dolorida,
diera el ánima y la vida
por salir de tal montaña,
como quando Eneas vio,
do yazía Polidoro,
el árbol que le habló,
al qual Odrisio mató
con codicia del tesoro.

Ya yo mesmo no era mío,
los sentidos muy turbados,
los cabellos erizados,
lleno de un sudor muy frío;
la color se me mudava [...]

(Cf. *Aen.* III 48: *obstipui steteruntque comae et uox faucibus haesit*). En efecto, también Eneas, al tener noticia de aquel crimen, según hemos visto (cf. vv. 60-61), tiene prisa por salir de aquella tierra. No es nombrado Polimnéstor, sino que en vez del nombre propio se acude al gentilicio «Odrisio», sinónimo de «tracio».

4. Juan de Arguijo

El núm. 42 de los sonetos de Juan de Arguijo («Soneto a Polimnéstor que mató a Polidoro») es resumen y glosa del episodio de la *Eneida* que estamos debatiendo. Como ya hemos comentado este soneto en otro lugar¹⁸, al lado de varios más de procedencia virgiliana, remitimos a ese estudio y nos contentamos aquí con ofrecer el texto en cuestión:

¹⁸ «Virgilio en los sonetos de Juan de Arguijo», *CFC-Elat* n. s. 4 (1993) 257-266; el soneto a que nos referimos está comentado en pp. 260-261.

Vuelta en ceniza Troya, y su tesoro
 en presa del mirmidone extranjero,
 el codicioso Polimnéster fiero
 la muerte ordena al tierno Polidoro.

¿A qué no obligarás, hambre del oro,
 sacrílega codicia del dinero,
 si quebrantaste el inviolable fuero
 del sagrado hospedaje y real decoro?

Con justa indignación admira el suelo
 la culpa avara del crüel tirano,
 que poco gozará tales despojos.

Nueva venganza le dispone el cielo;
 de una anciana mujer la débil mano
 hará que su castigo vea sin ojos.

5. *Jacinto Polo de Medina*

De Jacinto Polo de Medina (Murcia 1603-1676), ofrecemos este poema titulado «El mirto», de su libro *Academias del jardín*¹⁹, que, basándose en Virgilio, da por hecho cierto que Polidoro se transformó en mirto una vez asesinado por el rey tracio:

Con villana segur huésped tirano,
 ya de su obligación mal defendida,
 segó tu joven vida,
 que la perdona el fuego y no su mano;
 y vertiéndola en nácar liquidada
 el valle la posee transformada
 en esmeralda, porque infausta historia
 verde conserve el prado en la memoria;
 y trueca en mirto Polidoro el nombre,
 para que enseñe tu desdicha al hombre.

¹⁹ P. 80 de la ed. de Fco. J. Díez de Revenga, *Jacinto Polo de Medina. Poesía. Hospital de incurables*, Madrid, ed. Cátedra, 1987.

6. Pedro Montengón

Recreación (con leves modificaciones) del episodio virgiliano de Polidoro tenemos en el libro II de la primera parte (pp. 92-95 de la ed. de Madrid 1788) del *Anténor*, una novela mitográfica, teñida por todas partes de virgilianismo, debida a la pluma del ilustrado Pedro Montengón²⁰; Anténor y Eneas llegan a Tracia y descubren juntos el sepulcro de Polidoro, hijo de Príamo, muerto alevosamente por el ambicioso rey Polimnéstor:

Apenas se desviaron de aquellas playas, descubrieron los altos montes de la Tracia; y al tercer día de navegación surgieron en una espaciosa ensenada, donde pensaron edificar una nueva Troya. Anco-
radas las naves, quiso Eneas reconocer el suelo en compañía de Anténor; llamó su atención un túmulo que vieron cercado de céspedes, y se encaminaron a él con intención de arrancar algunos ramos, y cubrirlo con ellos para hacer este piadoso oficio a los manes del difunto; mas quedaron espantados al ver que el ramo arrancado goteaba sangre. Movido de esta estraña novedad, quiso Eneas arrancar otro para ver si producía el mismo efecto; y como manase sangre como del primero, sin poder penetrar la causa de aquel prodigio, imploraron el favor de las ninfas de aquel suelo, y el de Marte a quien venera por su Dios particular la Tracia.

Hechas las plegarias intentó Eneas arrancar el tercer ramo, y oyeron entonces ayes y lamentos que salían de aquel mismo túmulo; y luego una voz que dixo: Cesa, Eneas, de despedazarme; no martirices a los finados, ni quieras manchar tus piadosas manos con cruel porfia. Troya no me es extraña, ni esa sangre mana de un tronco insensible. Huye de este suelo bárbaro, y aléxate de tan codiciosa tierra. Sabe que soy Polidoro: aquí yace mi cuerpo traspasado de dardos, que arraigaron en él, y despuntan en ramos sobre la tierra con que me cubrieron.

Al oír esto quedan allí yertos de horror no sólo por aquel prodigio, sino también por la cruel muerte de Polidoro. Era este el último de los hijos de Príamo, que lo envió secretamente con gran cantidad de oro al Rey Polimnéstor, para que lo criase en su palacio, temien-

²⁰ Las múltiples evocaciones de la *Eneida* en esta curiosa novela, y el casamiento de la materia épica virgiliana con el espíritu ilustrado del siglo XVIII constituyen el tema estudiado en nuestro trabajo «El *Anténor* de Pedro Montengón, una novela virgiliana», que aparecerá próximamente en las *Actas del XIII Simposi de la Secció Catalana de la SEEC*.

do ya la ruina de Troya; pero Polimnéstor, que nada podía ya temer ni esperar de Príamo, hizo matar a Polidoro para congraciarse con Agamemnón. Divulgado este caso por la armada, gritaron todos a una voz que se dexase quanto antes aquella tierra. Executáronlo después de haber hecho las exequias al túmulo, y se encaminaron hacia la isla de Ortygia.

7. José Antonio Porcel

En el *Adonis*, conjunto poético de cuatro églogas venatorias, de José Antonio Porcel, poeta granadino del siglo XVIII²¹, hay frecuentes ecos virgilianos, a pesar de que su argumento triple (fábulas de Adonis, de Procris y de Anaxárete) está sacado de las *Metamorfosis* de Ovidio. Uno de esos virgilianismos lo encontramos en la primera de esas cuatro composiciones, en un parlamento de Procris, en tercetos, en el que la mujer de Céfalo, ahora convertida en cazadora, da cuenta de cómo, al ofrecer a Diana el trofeo de una cacería, le sucedió un prodigio singular y escuchó también una voz misteriosa salida de un árbol. El suceso descrito, en fin, es parangonable al que le ocurrió a Eneas en Tracia, como se comprobará de la lectura de estos versos:

Religiosa, a la deidad severa
de Diana ofrecerle determino
los sangrientos despojos de la fiera.
Clavé tres veces en el sacro pino
la formidable testa, y otras tantas,
sacudida del tronco, al suelo vino.
La sangre toda me ligó a las plantas
el piadoso temor, sin saber dónde
su agüero me dirán las selvas santas;
cuando del alto pino la que esconde
Driade con el que murmuró acento
de lo interior del tronco así responde:
«El sacrílego huye atrevimiento.
Diana y Venus no han juntado altares;
y ¡ay de ti cuando ninfa sea el viento!

²¹ La única edición que conozco —la que sigo— es la de la BAE, por don Leopoldo Augusto Cueto, *Poetas líricos del siglo XVIII*, Madrid 1952, pp. 136-176.

El término tú aquí de mis pesares
no juzgues ni me acuses de importuna;
que sucesos te esperan singulares.»

En efecto, la triple repetición del hecho, la inutilidad de los esfuerzos, el horror de quien se dispone a venerar a la divinidad y la voz misteriosa salida del árbol, que pronuncia su aviso son elementos comunes con el texto virgiliano, que denuncian la dependencia.

Y con esto concluimos. Hemos querido ofrecer aquí, pues, un comentario temático al pasaje de la *Eneida*, analizando sus posibles fuentes, sus vinculaciones y distancias con testimonios sobre el mismo mito, sus paralelos con relatos folclóricos, su congruencia en el contexto de la obra en que se inserta y algunos ejemplos de su pervivencia en la literatura hispana. Así, pensamos, queda el pasaje encuadrado en las coordenadas de la historia literaria: en su pasado, en su presente y en su futuro.